

# Lo trágico de la tragedia griega en K. Jaspers

1. K. Jaspers, como es sabido, dedica un estudio, no extenso ciertamente pero sí profundo, al fenómeno de lo trágico. Este estudio se halla inserto en su amplia obra *Von der Wahrheit*<sup>1</sup> en las páginas que van desde la 915 a la 960 de la edición de 1947. Cosa importante es, por otra parte, tener en cuenta que dicho trabajo, desde el punto de vista de la intencionalidad del autor, no constituyó un tratado aparte, aislado en sí mismo, sino que, por el contrario, fue concebido como ejemplificación de un contenido de perspectiva mayor, esto es, en cuanto ejemplo de ese campo inconmensurable constituido por las intuiciones originarias, religión, arte y poesía en la medida en que conforman la plenitud de la verdad, "Vollendung der Wahrheit".

2. No obstante, dejamos entre paréntesis esa interacción intencional del autor y consideramos tan sólo el análisis que Jaspers ha elaborado de lo propiamente trágico, de lo que es su conciencia, para desde aquí intentar descubrir si el contenido de lo trágico, tal cual lo ha proyectado el filósofo, se patentiza en la tragedia griega.

3. En principio, el método seguido por Jaspers dificulta no poco la captación de lo trágico en sí, pues se siente preocupado por observarlo en sus manifestaciones históricas. El propio Jaspers<sup>2</sup> lo dice: "*los grandes fenómenos del saber trágico se presentan bajo forma histórica. Ellos poseen los rasgos de su época, en el estilo, en la sustancia de sus contenidos y en el material de las tendencias. Porque —concluye— ningún<sup>3</sup> saber es, en forma concreta, universalmente intemporal*". Y este imperativo, digamos histórico-filosófico, lleva al autor, en consecuencia y, en cierta medida, por relevancia y economía, a concretar tales manifestaciones de lo trágico: 1) En Homero y en las distintas leyendas heroicas. 2) En la tragedia griega, en sus tres representantes. 3) En las tres grandes figuras nacionales de la tragedia moderna, Shakespeare, Calderón y Racine. 4) En las personas trágicas de Kierkegaard, Dostoiéwski y Nietzsche.<sup>4</sup>

4. Mas este enfoque no debe distraernos de buscar en Jaspers los rasgos fundamentales de lo trágico en sí, independientemente de sus diversas manifestaciones, en parte accidentales, de una unívoca noción básica. Porque ése fue sin duda, el propósito del autor, sólo que el método no podía ser otro que el de rodear la mata para agarrar dentro de ella la presa, es decir, introducirse en el interior de la cosa a través de sus aspectos externos. Pero nosotros, en

1. K. JASPERS, *Von der Wahrheit*, München, 1947.

2. *Op. cit.*, p. 918.

3. "Keine Wissen ist in konkreter Gestalt zeitlos universell."

4. JASPERS —cf. p. 918— añade otros momentos, irrelevantes desde nuestro punto de

vista. Son éstos: "Lessing, la tragedia del ámbito cultural germano. Schiller y posteriormente el siglo XIX", de un lado y "otros poemas del terror con su interrogación por el ser: Job. Algunos dramas indios (que en su conjunto no son tragedias)", de otro.

cambio, que, tras ser conducidos por el camino marcado, nos hemos adueñado de la presa misma, podemos ofrecerla en su pureza sin necesidad de presentar el ramaje que la cubría. En otras palabras: que lo que para Jaspers constituyó el resultado, para nosotros se convierte en el comienzo y radicalidad de un nuevo estudio. Con ello centramos la cuestión en las dos vertientes siguientes: cuáles son los rasgos fundamentales de lo trágico en sí, según Jaspers y si tales rasgos se realizan en la tragedia griega.

5. De hecho Jaspers establece tres rasgos, aunque, a mi parecer, podrían reducirse a dos, porque uno es consecuencia necesaria del otro. Pues bien, el primer rasgo fundamental radica en que a la conciencia trágica le es inherente la historicidad, "*zum tragischen Wissen gehört Geschichtlichkeit*". Sin duda se trata de un hecho fundamental. Expliquemos el porqué. De una parte, porque lo circular, lo reiterable, no puede encerrar dimensión trágica. Lo propio, lo importante, es lo que no retorna jamás, lo que marcha en línea recta. Eso sí, alberga en su seno riesgo y puede ser, ciertamente, trágico. Ello hace ver que en el estadio de la conciencia mítica, es decir, en el estadio de lo mítico, no puede fermentar lo trágico: aquí, en ese estadio, la realidad no fracasa, no se produce ruptura entre lo objetivo y subjetivo. Por el contrario, todo es natural, redondo y perfecto: el eterno giro de la vida y de la muerte. De otra parte, y es consecuencia de lo dicho, porque la realidad está garantizada por la esperanza del retorno al paraíso perdido, pues así lo enseña el mito que en ese estadio no es cuento, ni siquiera símbolo: es la expresión ritual de la realidad misma, de la naturaleza que hace palpitar el eterno volver sobre su propio seno.<sup>6</sup> En este contexto, los reveses sufridos son accidentes, meros episodios, porque en su final parpadea siempre la esperanza de la salvación fundamental.

6. Para Jaspers, por tanto, el término historicidad implica dos contenidos que se complementan: el de una acción que sólo se da una vez, que no retorna y el de una acción que enmarca una gran interrogación en cuanto que es una acción arriesgada porque nada garantiza que sea conveniente o no, que esté en armonía o en desacuerdo con el éxito o fracaso. Jaspers, con una sola palabra, ha tocado, a mi parecer, el corazón mismo de lo trágico.

7. Y está por demás decir que este rasgo, aquí descrito, es fundamental y constante en la tragedia griega. Es más, la propia existencia del hombre griego se movía en esta dirección, pese a que —y ello es bien sabido— éste (el hombre griego) utilizaba el mito. Pero es que una cosa es el mito y otra, muy distinta, lo mítico, la conciencia mítica. El hombre griego tuvo, por el contrario, plena conciencia de que su vida no es circular sino única, que sólo se produce una vez. De aquí que los helenos, que naturalmente temían a la muerte, deseaban que ésta fuera no accidental sino querida y buscada porque la muerte voluntaria constituía el pozo del que el griego sacaba más honor y fama. Esto se palpa ya en Homero: "*si quedándome aquí —dice Aquiles<sup>7</sup>— lucho en torno a la ciudad de los troyanos, no habrá vuelta a la patria, pero tendré fama inmortal; mas si marchó a casa, a mi patria querida, no tendré fama inmortal pero será larga mi vida*". Del mismo modo, la acción del héroe trágico es única, irreversible y no se vislumbra la esperanza de que pueda ser subsumida en una salvación total. Se trata, pues, de una acción no natural sino personal. Y así, la acción heroica progresa en línea recta, hacia adelante, de forma que una

5. *Op. cit.*, p. 920.

6. Cf. GUSDORF, *Mythe et Métaphysique*,

Paris, B. F. Scientifique 1953, cap. III.

7. *Il.*, IX, 42 ss.

acción engendra otra y ésta, a su vez, otra hasta que estalla en la epifanía plena de lo trágico.

8. Al mismo tiempo, para el hombre griego toda acción implicaba, ante la divinidad, un trágico interrogante. Tan sólo late la incertidumbre por lo que pueda pasar tras la acción: "¿qué dirección está libre de males? ¿Cómo ser un desertor y abandonar la alianza?", hace decir Esquilo a Agamenón<sup>8</sup> ante la tesitura de sacrificar a su hija o renunciar a la expedición de Troya. Casi podríamos decir, en síntesis, que la tragedia griega es una acción —*πράξις σπουδαία*, dijo ya Aristóteles<sup>9</sup>— que avanza desde su seno sin mirar hacia atrás, de un lado, y de manera ciega, arriesgada y heroica, de otro. Es en definitiva, una acción con historicidad en el sentido que Jaspers, en este contexto de su estudio sobre lo trágico, nos ha dado. Y si se prefiere proyectar este sentido dentro de su propia terminología filosófica —que por lo demás se presiente aunque él no ofrece de manera explícita las palabras— habría que decir que se trata de una acción realizada en la unidad del campo del *Dasein*, de la existencia ontológica del hombre concreto, con el campo de la *Existenz*, de la existencia como posibilidad, de la existencia siempre abierta, pues tan sólo en la unidad de ambos campos puede verificarse la tensión de la historia y de la libertad.<sup>10</sup> Y valga este pequeño esbozo filosófico.

9. El segundo rasgo filosófico analizado por Jaspers consiste en que no se realiza lo trágico no trascendente, "*es gibt*<sup>11</sup> *keine transzendenzlose Tragik*". Interpretemos este rasgo. Lo trágico, en efecto, no es un simple traspie de un caminante, una situación de desgracia, un momento desafortunado. La conciencia de lo percedero y de la finitud, sin más, no implica todavía lo trágico. Ello es claro. Pero es precisamente de esa finitud de donde puede brotar con fuerza la grandeza de lo trágico. Mas ese brotar no se realiza por sí, espontáneamente; antes bien, es el hombre y sólo el hombre el que ha de romper las cadenas de su propia pequeñez mediante la acción. El héroe trágico cae o triunfa por su propia acción y lo que al hombre le pasa, lo que le *sobre-viene* no constituye momento trágico. Por lo tanto, finitud y acción humanas contienen la levadura que, mediante un continuo forcejeo, hace fermentar la grandeza del hombre trascendiendo<sup>12</sup> su propia limitación. En una existencia sin impulso hacia la trascendencia, el hombre ni siquiera puede ser grande en la ruina: sólo está él y él es pequeño. Sería como el niño que cae de su altura: es una caída infantil. Para que el hombre caiga trágica y profundamente es necesario que haya subido muy alto, aunque soberbiamente como Ícaro. Es necesario que trascienda de sí mismo mediante la propia acción. Por ello en la tragedia se da o el hundimiento abismal o la exaltación apoteósica.

10. La trascendencia, pues, no significa aquí un más allá del hombre, un algo fuera del hombre. No tendría sentido trágico ni siquiera humano. Es, por el contrario, como dice el propio Jaspers,<sup>13</sup> un salto del hombre sobre sus propios límites hacia una realidad sin posibilidad. De aquí que lo trágico hierva siempre en las situaciones límites del ser concreto humano. Porque esas situaciones límites son como un trampolín donde el hombre, en él situado, debe decidir

8. *Agam.*, 211 ss.

9. *Poet.*, 1.449 b, 24.

10. *Existenzerhellung*, Berlín, Julius Springer, 1932, pp. 122-125. Asimismo, *idem*, pp. 39-41.

11. *Von der Wahrheit*, p. 925.

12. K. JASPERS, *Metaphysik*, Berlín, Julius

Springer, 1932, pp. 4-5 y *Von der Wahrheit*, p. 107.

13. Cf. *Metaphysik*, p. 5. Miope en este aspecto se muestra SCIACCA, *La Filosofía hoy*, trad. de C. Matons Rossé y J. Ruiz Cuevas, Barcelona, 1956, p. 206.

si retroceder y quedarse en su ser finito o, por el contrario, lanzarse a una superación de sus posibilidades concretas. Mas sólo se da lo trágico en el traspasar, en el trascender esas situaciones límites. La trascendencia, pues, así entendida, constituye ciertamente una dimensión inherente al contenido de lo trágico.

11. Si proyectamos ahora este rasgo de la trascendencia a la tragedia griega, no cuesta trabajo descubrir que es aquí donde con más propiedad se realiza. En la tragedia griega, el héroe es colocado siempre en una situación crucial, de límite, donde ha de elegir si zambullirse en el abismo de su trascendencia, fabricando así su ruina o apoteosis, o retroceder a la oscura madriguera de su finitud. Y ha de advertirse que no es relevante la alternativa de éxito o fracaso: eso no pertenece a la esencia de lo trágico. Lo auténticamente trágico es la aceptación personal y libre del riesgo en una situación límite, no lo que venga detrás de esa aceptación. Antígona, que no retrocede aunque vacila, fabrica paso a paso su propio destino al tiempo que ensancha su ser existencial hasta el punto de que cuando se hunde, no se hunde Antígona, sino Antígona y su propia trascendencia por ella conquistada. Es una caída grandiosa, heroica. Quizá Jaspers habría dicho una caída excepcional,<sup>14</sup> con la carga filosófica dada a este término. Y Edipo, cuando está a punto de descubrir la terrible verdad sobre su origen, esto es, cuando se encuentra tembloroso en el trampolín de su situación límite y oye a su siervo que le dice "*estoy ante lo más horrible de decir*", aquél, Edipo, en lugar de retroceder y refugiarse en la ignorancia, contesta: "*y yo de oír, pero hay que oírlo, pese a todo*".<sup>15</sup> Con ello Edipo ha conquistado la verdad de su propio ser, ha desatado las ligaduras y vuela hacia su trascendencia.

12. De otra parte, en la conciencia de la trascendencia se revela la realidad humana. Para Jaspers, esta revelación unida a la noción de purificación constituye un tercer rasgo fundamental de lo trágico. Así lo dice expresamente: "*el ser aparece en el fracasar*", "*das Sein erscheint im Schleitern*"<sup>16</sup> y esta sentencia —de lo contrario no sería relevante— forma el núcleo del análisis de la dimensión subjetiva de lo trágico. Sin embargo, puede considerarse ello como una consecuencia necesaria de la trascendencia. Porque, ciertamente, el héroe, en su marcha hacia aquélla, hacia la trascendencia, se abre en la plenitud de sus posibilidades: o en su miseria o en su grandeza trascendentes: es un momento excepcional, macroscópico sobre la generalidad de lo mediocre. Y, es más, en lo trágico no sólo se descubre el ser del héroe en sí sino, a su vez, el ser de la totalidad de lo humano por cuanto lo excepcional<sup>17</sup> concentra, en profunda tensión, lo general según la propia concepción de Jaspers.

13. Pero, igualmente, en esa abertura del ser el héroe se libera a sí mismo porque saborea el aroma humano de elegir su propio destino, aunque dramático. Edipo, en su trascendencia, patentiza su propio ser y su propia configuración fatal; mas es ahí, en esa patencia, donde es posible la liberación y la purificación. Sólo por la verdad, por la epifanía del ser, adviene la redención. De la trascendencia, por tanto, nace necesariamente la verdad y con ella la liberación y la purificación sin ser relevante el que se dé el éxito o fracaso. No se trata, pues, a mi parecer, de un rasgo independiente, sino indisoluble con la dimensión de la trascendencia. En definitiva, un aspecto de ésta en profundidad.

14. He aquí, pues, los rasgos fundamentales del fenómeno de lo trágico:

14. A este respecto, cf. la obra de R. WISSER, *Verantwortung im Wandel der Zeit*, Mainz, 1967.

16. *Von der Wahrheit*, p. 933.

17. Cf. nota 14.

15. *Oedip. Rex*, 1169-1170.

historicidad de la acción en contraste con lo circular, trascendencia humana y, consecuentemente, epifanía de la verdad y posibilidad de purificación.

15. Con todo —y ello sorprende un tanto— Jaspers lleva este análisis de lo trágico a la tragedia cristiana e incluso a la epopeya y a la tragedia filosófica. Pero, como insinuamos al principio, se trata de un espejismo expositivo que provoca cierta confusión. De hecho, el propio autor, cuando alude a la tragedia cristiana nos desvela su intención al decir que *“el cristiano creyente<sup>18</sup> ya no conoce ninguna tragedia en sentido estricto... porque la existencia mundana aparece como un acontecer subordinado al gobierno de la Providencia. Todo significa aquí camino y transición, mas no ser último”*. Y la cosa es bien clara: en el mundo cristiano, aparece para el hombre, en la lontananza de la existencia el paraíso como refugio que, aunque perdido por el pecado, fue recuperado de nuevo en el Calvario: la cruz trazó el camino para escalar la eternidad feliz y puso el sello de garantía en la obra ejemplar de Cristo. El hombre que anda ese camino, no anda extraviado porque él es el camino, la verdad y la vida. El destino del hombre queda así explicado y la historia es la proyección de la Providencia. En esta existencia, por tanto, la historicidad no es plenamente humana en cuanto que, de una parte, la acción puede ser recuperada por la gracia y, de otra, en cuanto que la acción no implica riesgo porque puede ser calificada antes de su realización según el modelo ejemplar. De aquí que en la tragedia cristiana se da el hombre bueno o malo, pero no el héroe. Y es que además falta también la trascendencia en sentido trágico, es decir, la trascendencia —perdón— inmanente, humana, de la grandeza del hombre. Se acepta, ciertamente, una Trascendencia con mayúscula, extrahumana, que, por eso, precisamente, rechaza todo contenido trágico. En consecuencia, tampoco fermenta la patencia del ser humano, el desplegarse de su grandeza o miseria. Más bien sucede lo contrario: se busca el replegarse en la Trascendencia divina.

16. Pienso, pues, que cuando Jaspers habla de lo trágico en la tragedia cristiana, no pretende afirmar que lo trágico en sus rasgos fundamentales se realice en ella con plenitud. Lo que quiere decir es que se verifican momentos, retazos de lo trágico, al igual que en la epopeya y en la tragedia filosófica. Por ello puede hablarse de tragedia cristiana pero no podría hablarse de “lo cristiano trágico”.

17. No sucede, creo, lo mismo en la tragedia griega, en cuanto que en ella se dibujan con plenitud los rasgos fundamentales de lo trágico. Y ello, sin duda, porque los condicionamientos de la existencia así lo permitían. Y no es sorprendente, por tanto, que Jaspers, cuando desea plasmar su desarrollo mental, eche mano de ejemplos sacados de la tragedia griega. Casi diría que fue ésta la que aupó su análisis de lo trágico aunque arropado con su propio pensamiento filosófico.

ALBERTO DÍAZ TEJERA

18. *Von der Wahrheit*, p. 949: “der glaubende Christ anerkennt keine eigentliche Tragik mehr”.